

El Cerco de Zamora: la historia, la leyenda y el legado cultural. Presentación del dossier

The Siege of Zamora: the History, the Legend and the cultural Legacy.
Presentation of the dossier

Charles GARCIA

Universidad de Poitiers y CNRS

Centre d'études supérieures de civilisation médiévale (CESCM)

RESUMEN

Esta presentación resume algunos de los principales problemas que plantean los relatos sobre el episodio del Cerco de Zamora.

ABSTRACT

This presentation summarizes some of the main problems posed by the tales of the episode of the Siege of Zamora.

El episodio del legendario cerco de Zamora es uno de los acontecimientos históricos más destacados de la Edad Media hispánica. Poco tiempo después de que se produjera el regicidio magno de Sancho II bajo las murallas de la villa, se empezó a escribir sobre él y a comentar la dolorosa tragedia. Las circunstancias políticas y el dramatismo que lo envuelven han dejado una profunda huella en la cultura y literatura españolas como lo recuerda el famoso refrán: «No se ganó Zamora en una hora», quizás el más antiguo de la lengua castellana, aunque sea de origen clásico en cuanto a su forma se refiere.

Si bien es cierto que los estudios sobre el cerco han abundado en el pasado, también es verdad que se vienen renovando desde hace algunos años en el panorama científico con nuevas lecturas que el número monográfico de *Studia Zamorensia* de 2016 pretende actualizar y ampliar cruzando las interpretaciones sacadas de la literatura, de la filología, de la lingüística o de la historia.

¿Qué ocurrió en la Zamora del cerco? ¿Cuál es el significado del asedio con respecto a la memoria? Además de ser el lugar de un encuentro bélico señalado, Zamora es un espacio geográfico singular fecundado por las lágrimas de la Historia, una parcela de territorio sacralizado por una gesta, abrumado por una tragedia particular, como una especie de paraje peculiar que, más allá de los siglos, sigue transmitiendo el eco de los sufrimientos silenciados y de las glorias pasadas. La Zamora del conocido episodio sería, al fin y al cabo, algo parecido a un paisaje regado por las lágrimas y la sangre.

En sus *Memorias históricas de la ciudad de Zamora*, el ínclito historiador Cesáreo Fernández Duro comentó el cerco de la manera siguiente: «doña Urraca, compadecida de tantas muertes y desdichas por su causa, convocaba otra vez el Concejo para repetir con lágrimas la expresión de su gratitud y dar por concluida una resistencia que la falta absoluta de víveres no consentía prolongar»¹. Una vez Sancho II fallecido, el segundogénito Alfonso VI se apoderó del reino de Castilla tras el sangriento enfrentamiento.

Al margen del regicidio, el Cerco de Zamora es mucho más que un mero episodio bélico. A los pocos años de haberse producido el homicidio, la lucha entre los hijos de Fernando I fue vista

¹ FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo, *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado*, 4 t., Madrid: Rivadeneyra, 1882-1885, t. 1, p. 267.

colectivamente como un combate digno de ser recordado en el tiempo porque en él se jugó en parte el futuro de León y Castilla. Al poco de terminar la batalla, el cerco fue: «conocido y afecionado en todo el orbe literario. Desde el mismo siglo XI, en que ocurrió el suceso, fue elegido por los juglares para las composiciones con que se iniciaba la poesía castellana»². A raíz de la muerte de Sancho y de la victoria de Alfonso, se inició de inmediato una auténtica guerra de memorias. El famoso acontecimiento, cuidadosamente escenificado por los cronistas, fue retomado por los historiadores, los literatos y demás artistas quienes lo adaptaron a su gusto personal. Por si fuera poco, la referida instrumentalización se vio reforzada durante la separación de los reinos meseternos en los siglos XII y XIII. Desde que se produjera el emotivo asesinato, los protagonistas del enfrentamiento han sido asociados a hechos que, posteriormente y con frecuencia, han encontrado resonancias particulares. Incluso hoy, el Cerco de Zamora, sigue utilizándose localmente como elemento clave de referencia identificadora³.

Acaecido en el seno de la sociedad cristiana medieval hispánica del siglo XI, el Cerco de Zamora fue ante todo un acto político de primer orden para los reinos de Castilla y de León. El objetivo de los trabajos aquí reunidos, que actualizan la investigación de muchos de los aspectos del suceso, con nuevos enfoques, pretende ser igualmente una invitación para contemplar la elaboración del potente imaginario creado en torno al evento, y para analizar la sorprendente transformación de la famosa batalla en piedra de toque memorial. Como complemento a este tema, varias de las contribuciones defienden la perspectiva de abrir nuevos horizontes metodológicos en el manejo de los materiales con el propósito de ampliar los conocimientos de un asunto sobradamente tratado por la crítica.

Más que la propia historiografía, el *romancero* transmite una inagotable fuente de comentarios sobre el célebre episodio. Verdad es que los poemas, además del cometido de informar a las masas medievales analfabetas de los entresijos de la tragedia zamorana, legitiman por ejemplo la victoria de la infanta Urraca cuando acusan a Sancho de ser el causante de la guerra y escenifican el final de una lucha equiparada con un «juicio de Dios». Los juglares recordaron que la victoria de Urraca había sido total, si bien es cierto que estuvo empañada por una serie de faltas que imposibilitaron que el triunfo fuera considerado como un acto fundador. Así pues, el combate fratricida se caracteriza principalmente por el asesinato de Sancho, sin olvidar por ello que el sacrificio «poético» y mítico de los hijos de Arias Gonzalo fue muy sangriento. El choque militar zamorano puso definitivamente fin a las repetidas guerras que venían oponiendo a los hijos de Fernando I entre sí. En clave simbólica, la batalla de Zamora fue considerada como un hecho sagrado porque, más que dar a ver el enfrentamiento de dos bandos enemigos, fue una ordalía en la que Dios se inclinó por uno de los contrincantes.

La impronta del Cerco de Zamora en la sociedad ha sido doble desde el punto de vista cultural. En primer lugar porque se puede disfrutar con los relatos que escribieron los cronistas y los literatos sobre dicho episodio, en segundo por la impetuosa fuerza de la transmisión oral. Por lo que se refiere a la escritura, carecemos de huellas contemporáneas de los hechos⁴. Este vacío significa que las descripciones que han llegado hasta nosotros fueron escritas a posteriori y que por lo tanto no son objetivas. Considerado desde esta óptica, resulta vano empeñarse en encontrar la verdad de las cosas del pasado –la historicidad–, inestables por esencia, sabiendo que, para el investigador, resulta más interesante indagar por qué se escribieron las historias, que intentar separar a toda costa lo verdadero de lo falso. Puesto que cada cual suele barrer para su casa, los autores zamoranos acostumbraron a defender en sus escritos la reputación de lealtad de la ciudad y de sus habitantes, mientras que los foráneos desatendieron generalmente el tema del honor local.

² *Ibidem*, p. 279.

³ «Doña Urraca de Zamora se queda sin heredera. Fallece la última mujer que portaba el nombre de la Señora de Zamora y protectora del supuesto Santo Grial», *La Opinión de Zamora*, 31 de mayo de 2015.

⁴ Sobre este tema, remitimos a las acertadas reflexiones que ha hecho Alberto Montaner a partir de la leyenda de los infantes de Lara, cf. MONTANER FRUTOS, Alberto, «Los siete infantes de Salas: cuestión de método», *Cahiers d'études hispaniques médiévales*, 36, 2013, pp. 11-23.

Las visiones del cerco son interesantes en su diversidad porque nos informan de manera más concreta sobre la memoria o las leyendas diseñadas en un momento dado que sobre lo que realmente ocurrió al pie de la espectacular muralla. ¿Cómo se ha contado la historia del Cerco de Zamora en sus variantes? ¿Qué pasó para que el encuentro bélico se volviera mítico de forma tan temprana? Es sabido que la memoria no existe sin la interpretación del pasado. El recuerdo es siempre parcial, mientras que la historia es total. La memoria contribuye a definir la identidad de un grupo, recoge del pasado lo que mejor le conviene, y por eso se torna con tanta frecuencia en ideología. Existen tantas memorias como colectivos humanos⁵, y por ello proliferan con tanta abundancia las memorias antagonistas, selectivas o dispares, un hecho que, por supuesto, también se produjo en el caso zamorano.

La visión común del asedio de Zamora es, en gran parte, parcial porque, curiosamente, los relatos transformaron precozmente al agresor en casi mártir, o por lo menos en víctima del alevoso Vellido. El epitafio de Oña que se escribió poco después del sepelio de Sancho II deja las cosas claras al respecto: «Rex iste occius est proditore consilio sororis suae Urracae apud Numantiam ciuitatem per manum Belliti Adelphis magni traditoris in era MCX nonis Octobris rapuit me cursus ab horis»⁶. Sancho II, al dejar de ser un vencido ordinario, dificultó que Alfonso VI fuese un héroe vencedor en Zamora, un objetivo que el rey *Bravo* sólo conseguiría dieciocho años después, en 1085, cuando conquistó Toledo.

La historiografía actual apenas trata los temas específicamente militares y prefiere estudiar otros aspectos como las formas de la violencia, las representaciones o las emociones, o sea un cometido bastante alejado del tradicional enfoque centrado en los acontecimientos y meramente bélico⁷. A ello se debe que el conocido acoso castellano a Zamora sea preferentemente estudiado, en este dossier, en el marco de una realidad social y política estructurada por una serie de códigos, de ritos y de costumbres que precisaban ser puestos al día. La historia del Cerco de Zamora no pertenece a la ciudad, desborda los límites de ésta y, para ser entendida, debe ser analizada en un ámbito mucho más amplio: el de las relaciones entre los Estados peninsulares, cristianos y musulmanes, en la segunda mitad del siglo XI. Ciertamente es que a Zamora acudieron caballeros de Castilla, de León, de Galicia... y sin duda de muchos más rincones de España. En 1072, cuando la urbe del Duero se vio atenazada entre León y Castilla, ambos soberanos, o sus representantes legales, Urraca en sustitución de Alfonso VI, escogieron a sendos pretendientes: Arias Gonzalo para el rey de León y Rodrigo Díaz de Vivar para el de Castilla. Tras la apariencia engañosa de la lucha entre dos hermanos rivales puesta en primer plano por los cronistas, se vislumbra un trasunto de mucho mayor calado: el del dominio político del viejo reino, con sus costumbres y su idiosincrasia, o el del nuevo. En fin de cuentas, es posible que radique en estos aspectos la longeva popularidad de la gesta que se trabó en Zamora y que todavía no se ha agotado.

Pablo Martín Prieto nos introduce en el mundo complejo de la historiografía del cerco mediante el estudio minucioso de los elementos que componen la trama zamorana. Las distintas y contradictorias narraciones, en vez de ser un inconveniente como legítimamente se podría pensar, abren al contrario el paso a una serie de perspectivas que aclaran las influencias y las pautas de lo que acabó siendo un relato por todos conocido, con sus variantes. Los detalles, y por eso se acostumbra a decir que «el Diablo está en ellos», son con frecuencia las mirillas que nos permiten acercarnos al nudo del episodio histórico: la muerte del soberano castellano y la identidad del causante del homicidio. Por medio de su variedad, las fuentes nos permiten contemplar la galería de unos protagonistas que se mueven entre la historia y la ficción: ¿tuvo razón Fernando I cuando repartió el reino entre sus hijos?; ¿tuvo parte indirecta el ambicioso y orgulloso Sancho en su propio asesinato? Dentro de las principales figuras está por supuesto la infanta Urraca, aunque con un perfil bastante borroso que se mueve entre la neutralidad de las crónicas y el activismo culpable del

⁵ HALBWACHS, Maurice, *Les cadres sociaux de la mémoire*, París: Alcan, 1925.

⁶ FERNÁNDEZ DURO, *Memorias históricas, op. cit.*, p. 304.

⁷ GAIER, Claude, « Dire et faire a guerre au Moyen Âge », *Le Moyen Âge*, 2006/3, t. CXII, pp. 643-655.

romancero. Por supuesto, el asesino Vellido ocupa un lugar céntrico en la tragedia. El hecho por ejemplo de que el traidor encontrara refugio bajo el manto de la señora de Zamora parece delatar la complicidad de la infanta en el crimen. Por fin, Alfonso VI y el Cid fueron utilizados por los narradores para prolongar el capítulo zamorano y salir de un escenario topográfico tan singular en el que destaca el espacio del famoso «portillo»⁸.

La muralla de la ciudad es el elemento clave sobre el que se basa nuestra propia comunicación. Los paredones de la urbe «duriense», considerados como una construcción casi sagrada en la Edad Media hispánica, eran más que meras piedras. Dentro de ellos vivía una comunidad cohesionada frente al mundo exterior, visto con frecuencia de forma hostil. En el romancero y en las crónicas, Zamora supo resistir a Sancho II cuando el rey castellano la cercó porque la ciudad tenía una historia muy antigua, muy noble y honrada. Heredera de la mítica Numancia, sus habitantes habían conservado intacta la audacia bélica para resistir ante al enemigo, y así lo hicieron, aunque el acto desencadenador de la trama, hazaña o deshonor según el punto de vista, fuese llevado a cabo individualmente por Vellido.

¿De qué fuentes procede y cómo se diseñó el relato del Cerco de Zamora? En su pormenorizado trabajo de investigación, Alberto Montaner demuestra de manera muy convincente que el *Cantar del rey don Sancho* fue una obra elaborada en el taller alfonsí, basada en las crónicas anteriores y en las versiones épicas o legendarias que circulaban sobre los trágicos acontecimientos zamoranos. En lo que de hecho es una auténtica taracea concluida a principios del siglo XIII, el profesor Montaner evidencia la aportación de tres crónicas latinas: el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy; el *De rebus Hispanie* de Jiménez de Rada y la *Chronica naiarensis*, sin por ello desestimar las aportaciones de otras fuentes variadas entre las que destaca el *Cantar de mio Cid*, una obra escrita en romance.

Sería equivocado considerar la narración del Cerco de Zamora como un relato aislado. En su estudio, Alberto Montaner demuestra una estructura organizada en torno a las luchas fratricidas entre los hijos de Fernando I, o mejor dicho entre don Sancho y sus hermanos, en tres momentos históricos: la batalla de Santarém contra don García, la de Golpejera contra Alfonso, un cantar hoy perdido, y la de Zamora contra Urraca. Entre los aspectos más interesantes del relato zamorano es de destacar la neutralidad de los autores en el tema del magnicidio que, sin excusar el dolor que el drama causó, no culpan al colectivo zamorano porque éste ignoraba los planes nefastos tramados por el traidor Vellido.

Con relación al tema del cerco, y como antecedente directo del enfrentamiento bélico zamorano, Francisco Bautista centra su estudio en el episodio de la división del reino dentro del *Cantar de Sancho II*, un poema preservado en dos versiones de la *Estoria de España* alfonsí: la *crítica*, con abundantes referencias épicas, y otra posterior, conocida como *amplificada*, con escasas influencias de esa misma índole. El problema que se presenta ante F. Bautista es el de situar dentro de la narración de la crónica el tema de la división de Fernando I con relación a la leyenda.

Después de llevar a cabo una pormenorizada exposición, el profesor Bautista defiende la existencia de un relato detallado del reparto que sirvió de arquetipo para la *Estoria de España*, el cual alimentaría las dos versiones, siendo la *Versión crítica* más fiel textualmente y mucho menos la *amplificada*, probablemente por razones ideológicas relacionadas con el momento en el que se elaboró, es decir durante el reinado de Sancho IV. De forma resumida, se puede pensar que, para escribir la crónica, los compiladores de la corte de Alfonso X utilizaron un poema épico hoy perdido que narraba el asedio de Sancho II a Zamora, su muerte y el posterior reto.

Toda escritura es contemporánea. El célebre aforismo puede ser aplicado al episodio del Cerco de Zamora como lo analiza Patricia Rochwert-Zuili en su artículo. Dicho estudio llega a la conclusión de que el legendario episodio empezó por ser amañado en el siglo XII con la inserción en él de una materia épica cuyos principales personajes, el Cid, Urraca o, incluso, los propios zamoranos, favorecieron la difusión del relato. Con el tiempo, se fueron perfilando las personalidades

⁸ Bautizado «de la Traición» por los románticos locales del siglo XIX movidos por reivindicaciones patrias.

y las actuaciones de los protagonistas de la tragedia. La profesora Rochwert destaca que la historia del cerco, o mejor dicho su interpretación, no fue nunca única o exclusiva y por ello dio lugar a numerosas ampliaciones y enfoques como se observa a lo largo del siglo XIII.

La producción historiográfica alfonsí y neo-alfonsí evidencia la importancia de las extensiones, bien sea en la *Versión primitiva alfonsí* de 1270 o en la *Estoria de España*. De la primera salieron la *Crónica de veinte reyes* o *Versión crítica* de la *Estoria de España*, escrita en los años 1282-1284, y también la *Crónica de Castilla* compuesta a principios del siglo XIV. La intensa ampliación del episodio del Cerco de Zamora en las décadas situadas a caballo entre los siglos XIII y XIV es una respuesta a los problemas políticos del momento, siendo el más notable el de la legitimidad de la monarquía durante los reinados de Alfonso X, de Sancho IV y de Fernando IV, pero también durante las regencias de María de Molina. Decepcionado al final de su reinado por la guerra civil contra su propio hijo, el rey Sabio veía con ilusión el comportamiento ejemplar de los vasallos en el episodio del cerco, mientras que su nuera, María de Molina, se identificaba en cierto modo a la infanta Urraca, una mujer que estuvo respaldada sin fallo por la caballería urbana de Zamora, hasta llegar a sacrificarse por la infanta.

Contra la presunción neotradicionalista, muy acuñada y difundida, de unos romances procedentes de la disolución de los cantares épicos, Alejandro Higashi defiende en su comunicación la idea de unas composiciones seriales vinculadas a la creación de la imprenta, y a su espectacular desarrollo en el siglo XVI, una hipótesis que resta protagonismo al origen tradicional y popular de la mayoría de los cantares. La influencia de la nueva tecnología no fue la única puesto que el llamado romancero *artístico* o *erudito* contribuyó, a su vez, a la popularización de muchos poemas, principalmente los cíclicos o episódicos de las unidades narrativas, de forma que se puede afirmar que el imaginario colectivo hispánico resulta más tributario de las composiciones novelescas compuestas en la época moderna que de las épicas que se diseñaron en la Edad Media.

Los romances, nos dice Virginie Dumanoir, nacieron de las leyendas presentes en las crónicas regias, a la vez que alimentaron las más tardías, como si en cierto modo hubiesen desandado el camino. Entre los acontecimientos históricos y la puesta de éstos por escrito en el siglo XVI existe una distancia temporal que favorece de manera inevitable una reescritura. La transmisión oral no debe ser desdeñada por ello ya que siempre contó con el respaldo de la repetición, avalada por los siglos, que fue lo que a la postre dio verosimilitud a los relatos del ciclo zamorano. Para los medievales, los romances del cerco decían la verdad porque en ellos las bases históricas eran siempre las mismas a pesar de las constantes actualizaciones que hicieron los autores, guiados por lo general por la voluntad de enfatizar los valores caballerescos de la nobleza castellana mediante la epopeya. El caso es que el romancero, como género poético, es en definitiva una excelente forma de expresión para narrar historias «en tono cortés y cortesano».

Además de la escritura, el episodio del cerco también ha nutrido el imaginario de numerosas expresiones plásticas. En el presente dossier, José Luis Hernando Garrido centra su estudio en la creación contemporánea *El Cerco de Zamora* de José Luis Alonso Coomonte. Esta obra de bronce, integrada por diez grupos escultóricos, se puede ver actualmente en el Hospital de la Encarnación de la villa. En ella podemos contemplar a los principales protagonistas del drama aderezados con sus atributos distintivos. Hernando Garrido analiza cómo se plasma en la obra el simbolismo creativo coomontiano, bastante influenciado por los objetos del mundo rural de nuestros antepasados. Tótem o tabú, lo cierto es que las piezas del conjunto se presentan ante nosotros como «custodias laicas o modernos relicarios de epopeyas» que dan rienda suelta a la imaginación de quienes las contemplan.